

La poesía como espacio reflexivo

El libro de las paradojas

LUIS FERNANDO MACÍAS

Sílaba, Medellín, 2015, 119 pp.

PARA DAR entrada a *El libro de las paradojas* y jugando con el conjunto de poemas, Luis Fernando Macías, narrador, poeta y ensayista antioqueño, convoca en tres epígrafes a Jorge Luis Borges, Aristóteles y León de Greiff. Al incluirlos, los reconoce como puerta de entrada y sustenta su propuesta ceñida a esa figura literaria y de pensamiento que desde tiempos antiguos invita a la reflexión. Del primero destaca una de las paradojas del filósofo presocrático Zenón de Elea, al subrayar la permanencia de esta frente al tiempo que en su pasar no solo se acumula sino que se desgasta: “De los libros que el tiempo ha acumulado / le fueron concedidas unas hojas; / de Elea, unas contadas paradojas, / que el desgaste del tiempo no ha gastado”. Del filósofo griego, la idea de que todo se hace, hasta lo más innombrable e inabarcable: “El alma se hace, en cierto modo, todas las cosas”. Y del autor colombiano, maestro de juegos paradójicos, que en uno de sus poemas apela a su personaje Gaspar en sus “copiosas perogrulladas, a los ningunos habitantes de la descaecida selva, de la floresta abolida” y lo destaca al reconocerlo “bajo el árbol sin hojas, bajo del pino calvo, diciendo paradojas”.

Según diferentes definiciones, la paradoja es próxima al oxímoron, puesto que se revela en la coexistencia ilógica o absurda de algunas ideas, cosas o imágenes que pueden ser contrarias, y cuyo sentido dice mucho más de lo que parece o está implícito. Entre varias acepciones, María Moliner se refiere en su diccionario a la paradoja como “expresión en que hay una incompatibilidad aparente, resuelta en un pensamiento más profundo del que enuncia”. Y según otras definiciones referidas a las “mal llamadas paradojas” de Elea, se las ha reconocido bajo el nombre de aporías, precisamente cuando se trata de problemas que al no tener explicación coherente dan lugar a interpretaciones o conclusiones absurdas. En términos generales,

la paradoja invita a detenerse en temas o asuntos que se oponen o contradicen, que niegan y a la vez afirman, lo que parece más cercano a la filosofía que a la poesía. Sin embargo, ¿acaso la filosofía no puede ser una vertiente de la poesía?

Acostumbrados, como estamos en Colombia, a ubicarnos más del lado de la lírica del sentimiento, la pasión y las emociones de diversa índole, si no de la voz confesional que manifiesta diversidad de estados anímicos, no es común encontrar poemas que inciten al pensamiento y a la reflexión de esta manera.

Luis Fernando Macías, quien ha escrito literatura para niños, jóvenes y lectores de todas las edades, y ha trasegado en la poesía referida a escenarios de vida doméstica, de personajes familiares, del silencio, de la soledad, del tiempo, en fin, de la existencia, apunta también a esa particular forma de expresión que desde lo racional indaga, más que en lo que sentimos, en lo que secretamente somos: seres sujetos y expuestos a la perplejidad. Así se percibe en este poemario que en sus nueve secuencias no se contenta con el lenguaje verbal sino que acude a la imagen visual a partir de dibujos especialmente creados por él mismo para ilustrar su libro, en un diálogo similar al encuentro y desencuentro significativo de lo que constituye la paradoja. Esto equivale a decir sin decir, semejante a esa pareja visible en la imagen dibujada correspondiente a la oposición, al contrario, al anverso y el reverso, al doble, a la otra cara en el espejo o del espejo. Esa especie de fuerzas opuestas que en cierta medida puede relacionarse con el yin y el yang. Con lo uno y lo otro. El alfa y el omega.

El prólogo completa lo sugerido en los epígrafes y en los mismos dibujos, para situar ante una preocupación surgida cíclicamente, y responde a algo menos individual y más colectivo. Se trata de un viaje interior, un viaje hacia el fondo de sí, de una visión que quiere representarse: “Lo que vi, he tratado de expresarlo en este libro en imágenes y palabras” (p. 16). Está implícita la indecisión que en sí misma imprime la paradoja abierta al infinito. De ahí la afirmación de Macías según la cual no solamente “la razón conduce al absurdo” (p. 15) sino que “todas

las paradojas son una sola y el número de las posibilidades de enunciarla es también infinito” (p. 16). Se trata, así mismo, de un ejercicio racional que piensa la vida y la muerte. No caben allí emociones afectadas sino reflexiones poéticas que de “Lo Uno” pasan a “Uno y el Universo”; se desdoblaron en “Lo otro”, “Identidades”, “Oposiciones”, “La Nada”, “El Todo”, “Uno y Todo”; hasta cerrarse en “Epílogo”, donde confluye y se condensa este infinito sistema de contrarios.

La incertidumbre se impone en estos poemas en los que a manera de introducción se apela a la “paradoja de la libertad” y a manera de conclusión se afirma que “en el instante / todo cabe” (“Solutio”), no sin pasar por poemas de altura lírica en los que la imagen se suelta de la racionalidad y alza vuelo, lo que por ejemplo se percibe en “Imágenes”, en el que desde el énfasis en lo visual el lector ve...

La nube
suspendida en el aire

La llama leve
del cocuyo en vuelo

La ciudad
como un tapete de adobe
sobre el valle (...)

...hasta obligarse a detenerse en la profundidad del “desierto interior / poblado de imágenes”, cerrándose en una imagen referida a lo existencial. Por otro lado, también en esa primera parte denominada “Lo Uno”, de la “Primera secuencia”, se da el caso de comenzar con la reflexión existencial que culmina en una imagen muy sugerente apoyada en lo visual, como en “Viabilidad”, que parte de la idea de la nada y del ser: “El ser / descansa en el no ser / como el universo / en el vacío”, y al ir destejiendo el pensamiento o el concepto de esa tensión entre nada y vacío del ser el poema se cierra con la imagen de “un destello en la sombra” que sostiene la misma paradoja. De la misma manera, en el poema “Ubicuidad”, de esa “Quinta secuencia” denominada “Oposiciones”, es evidente esa sugestiva referencia al tiempo y al ser como al primer hombre que encandilado por la luz queda perplejo ante la revelación de la belleza y el instante:

En el instante en que
el colibrí chupa la flor del paraíso

Adán se encandila
con el rayo de sol entre las hojas

Un breve parpadeo

Y al abrir los ojos
ese hombre perplejo
soy yo

Pero, por encima de todo carácter lírico tan propio de nuestra poesía o de la poesía más convencional, en este libro prima lo racional y conceptual, sosteniéndose de manera sentenciosa alrededor del ser y la existencia, lo que se ofrece de varias formas. En referencias al tiempo y al espacio para destacar su movimiento: “El péndulo no es la imagen / sino la esencia del tiempo”, o “el instante presente es todo el tiempo”, o “(...) no hay más tiempo / que el tiempo / que nos deja”. En imágenes visuales que incitan a mirar hacia adentro para buscar o ver la luz: “Basta cerrar los ojos”, o “visible / es decir / interior”. En alusiones a la música y al silencio constatando sus oposiciones: “El silencio es la música perfecta”. Destacando los contrarios: “De lo uno / se desprende / lo otro”, o “entre luz y sombra / no hay oposición / sino continuidad”. Todo ello, claro está, con la intención de subrayar, más que efectos poéticos, ese viaje al fondo del yo creativo que explora los contrarios frente a la unidad: “Los opuestos / necesariamente / son complementarios”, o “la nada y el universo / el ser y la nada / se identifican”. El resultado final es el del texto autorreflexivo, separado, a veces, de la urgencia poética.

Luz Mary Giraldo